

17 de febrero de 2024 -- Sábado después del Miércoles de Ceniza

[Is 58,9b-14; Lc 5,27-32](#)

Homilía

Es realmente interesante ver cómo Jesús, en los primeros días de su ministerio público, incluso cuando las multitudes corrían detrás de él, llamaba una a una a algunas personas para que se convirtieran en sus discípulos, diciéndoles simplemente: "Sígueme". Y en cada caso se trataba precisamente de hombres que no formaban parte de esas multitudes de admiradores o curiosos y que, en general, estaban simplemente trabajando. Después de los pescadores, Simón, Santiago y Juan, ahora llama a un recaudador de impuestos.

Este Leví era una figura fascinante. Era un hombre de sociedad que, como funcionario del Imperio romano, tenía una posición envidiable, aunque los fariseos lo consideraban un pecador por su colaboración con el poder ocupante. Ante la llamada de Jesús, se levantó inmediatamente, lo dejó todo y le siguió. Hubo una cosa, sin embargo, que no olvidó ni abandonó. Sus amigos. Los invita a una gran fiesta para celebrar este momento tan importante de su vida, e invita también a Jesús y a sus primeros discípulos.

No sabemos qué admirar más en Leví: la rapidez con que responde a la llamada de Jesús, o su lealtad a sus amigos, aunque ahora pertenezcan a un mundo distinto del suyo. No se trata de presionarles para que se "conviertan", sino simplemente de asociarles a su alegría, igual que el Esposo asocia a sus amigos a la suya.

Evidentemente, los fariseos, víctimas como siempre de sus propias estructuras mentales, no podían comprenderlo. Sobre todo, no podían entender por qué Jesús y sus discípulos aceptaban comer con esa multitud. Esta vez preguntan a los discípulos: "¿Por qué coméis y bebéis con publicanos y pecadores? -- Es Jesús quien habla; y, como casi siempre en situaciones similares, no responde directamente a su pregunta, sino que la lleva a otro nivel y enuncia un principio más elevado. Primero cita un proverbio popular: "No son los sanos los que necesitan al médico, sino los que no lo están". Y añade: "No he venido a llamar a la conversión a los justos, sino a los pecadores", dejando así la puerta abierta para que también ellos se conviertan.

La llamada a seguirle, es decir, a ser sus discípulos, está reservada a unos pocos elegidos libremente por Él; la llamada a la conversión se dirige a todos. También a nosotros.

Armand Veilleux